

LA PROTESTA

Precio 10 cts.

SUPLEMENTO SEMANAL

Porte pago

U. Telefónica 478 B. Orden

Redacción y Administ.: PERU 1537

Valores y giros a A. Barrera

Realidades

Los que tenían apuro por hacer la revolución — y de hecho ya la habían decretado para una fecha próxima — consideraron conveniente ahora el postergarla. Con iguales o parecidos argumentos que antes sostenían que el pueblo estaba preparado para arremeter y aniquilar al capitalismo, sostienen hoy que lo urgente, lo necesario, lo imperioso antes de dar un paso de avance, es organizar a los obreros, unificarlos, prepararlos para el asalto definitivo al poder y la implantación del sistema que llaman de la "dictadura del proletariado".

¿A qué se debe ese cambio completo de opinión? Era, hace apenas un año, el proletariado más potente que hoy, tenía una noción más clara de sus destinos, contaba con elementos más poderosos de lucha, estaba siquiera más unido? No. Pero esos ilusionistas, a pesar de tilarse de positivistas y prácticos, fueron y son el termómetro que mide el entusiasmo popular y obraron siempre por impulso de esas ciegas explosiones de la masa, creyendo que había una gran potencia revolucionaria en esa vejiga inflada de humo...

La realidad no respondió a la ilusión. Y el camouflage revolucionario creado por el bolcheviquismo, pese a su mágica influencia en la mentalidad de la masa obrera, no logra hoy inflamar el espíritu de los decepcionados. La revolución no se hizo, y el proletariado, que se mesianizó en su casi totalidad, no cree ni siquiera en sus propios valores: en la fuerza que representa su movimiento emancipador.

Ante este crudo realismo de la hora angustiosa que vivimos, ¿quiénes son los verdaderos intérpretes del pensamiento revolucionario en constante acción? Precisamente los que no fueron demasiado crédulos ayer, ni son hoy demasiado pesimistas: los que se aferraron a sus principios, los defendieron contra el aludido de mentiras e hicieron de las ideas algo así como una muralla puesta a la realidad vulgar de un momento de apasionamiento y de fiebre.

Es curioso lo que hoy sucede. Los más exaltados defensores de la revolución inmediata, que lanzaron contra nosotros la acusación de contrarrevolucionarios porque nos negamos a seguir el impulso de las vagas corrientes del turbión, sostienen hoy la necesidad de evitar choques con el enemigo y de poner en juego las endebles fuerzas del proletariado. Y en esa constatación de potencia, que quisieron ocultar antes con la vocinglería y el replique de campanas, está precisamente revelado el caso más original de es-



¡REDENCION!

pejismo colectivo. Bastó que los directores del gran guignol revolucionario hubieran dicho que el comunismo sólo puede alcanzar en el capitalismo su máximo desarrollo y que la revolución había llegado al límite justo (al capitalismo de Estado), siendo por lo tanto necesario aplazar por veinte años la ofensiva del proletariado, para que esa gran masa que esperaba la llegada del nuevo Mesías se tirara a la bartola hasta que el momento decisivo llegue... Y hasta los mismos jefes de esos ejércitos que "hicieron temblar a la burguesía", según el galanido decir de los panegiristas del momento, aceptan como buena esa "retirada estratégica" ordenada por los apóstoles del comunismo ruso.

Constatamos, pues, que en esa retirada del comunismo autoritario de los frentes económico y político, sólo los anarquistas que siguieron fieles a sus principios, permanecen en sus puestos de avanzada. Y no deja de ser curioso que, los que fueron acusados de utópicos y soñadores, sean los que en verdad supieron pulsar la realidad de aquel momento preñado de engañosos espejismos.

Los "prácticos" y los "positivistas", por lo mismo que ajustan sus conductas a los hechos más vulgares

y supeditan sus ideas a las imposiciones del ambiente, resultan siempre los negadores del maravilloso esfuerzo que supone el ponerse frente a todas las "realidades" impuestas por el vulgo. ¿Qué otra cosa se podría esperar de esos agitadores de tempestades revolucionarias en la charca poblada de batracios croadores?

¿Capitalismo de Estado o Estado capitalista?

Uno de los sofismas esgrimidos por los bolcheviquis para justificar su retirada de los frentes políticos y económicos, es ese del capitalismo de Estado. ¿Qué quiere decir capitalismo de Estado? Nacionalización de las tierras y de las industrias, monopolio comercial e industrial por el Estado-patrón, hegemonía de un partido político transformado en el único burgués. Y en ese cambio, que deja intacta la estructura económica del capitalismo, el obrero no deja de ser el asalariado, con la agravante de que pierde la libertad de elegir el oficio y el patrón que lo explote y aquel otro derecho más legítimo de declarar su huelga.

Bajo el régimen del capitalismo de Estado, el trabajo es una dura obligación

y toda tentativa de mejoramiento en las condiciones del asalariado se considera un atentado a las leyes establecidas, que consagran esa doble esclavitud del obrero. En Rusia, bajo el imperio del Estado absolutista, se impuso a los trabajadores largas jornadas de labor y se les negó el derecho a huelga. Y todas esas imposiciones, que provocarían una protesta universal si las tentara siquiera un gobierno burgués, se ejercían en nombre de la revolución. Con su trabajo excesivo, con su miseria y con sus sufrimientos, ¿qué logró el proletariado? Afianzar el dominio de la burocracia comunista, conservar en pie las instituciones del Estado, dar nueva vida al capitalismo que resurge en Rusia bajo las formas de una centralización semejante a la que tratan de imponer los grandes trusts comerciales e industriales de Europa y América.

Si analizamos a fondo el problema, el capitalismo de Estado no es otra cosa que el Super-Estado capitalista, esto es, el capitalismo transformado de hecho en Estado y directamente impuesto del manejo de todos los órganos del poder, de la administración, de la judicatura y de cuanto resorte jurídico tiene en sus manos la democracia burguesa.

La reforma del sistema capitalista, aun cuando fuera posible en la Rusia entregada a la voracidad del capitalismo mundial, sería la más monstruosa tentativa de imperialismo político y económico. Pero es fácil presumir que semejante retroceso tiene que ser impedido por las fuerzas progresivas y libertarias que, pese a la feroz reacción bolcheviqui, siguen manteniendo en Rusia la llama de la hoguera revolucionaria, no extinguida del todo por los "bomberos de la revolución".

El capitalismo de Estado es un sofisma completamente destruido por los hechos. En Rusia existe el capitalismo privado, con todas sus prerrogativas y privilegios, quedando reducido el Estado a sus funciones jurídicas: a su misión de perro guardián de los intereses capitalistas. ¿Quién puede negar la evidencia de los hechos? Ahí están para comprobar esa verdad amarga, los tratados comerciales, las concesiones a capitalistas extranjeros, la libertad de comercio y explotación sancionados por el gobierno del Soviet después de la conferencia de Génova.

Política yanqui

Desde hace meses se viene hablando del reconocimiento, por parte de Estados Unidos, del gobierno del general Obregón, actual presidente de México. Pero las últimas intenciones revolucionarias preparadas en territorio yanqui y ejecutadas por generales mejicanos, ajejan la posibilidad de que Obregón obtenga el visto bueno de la Casa Blanca.

El problema mexicano, aun en su faz política, está subordinado al problema yanqui, concretado éste a la explotación de las riquezas de México y al monopolio de sus importantes yacimientos petrolíferos. Y es por eso que, el gobierno yanqui, manifiesta que la cuestión del

NOTAS

reconocimiento de Obregón está supeditada a la solución del problema de las garantías al capitalismo norteamericano que tiene fuertes intereses en México.

Comentando la posibilidad del reconocimiento del gobierno mexicano, el corresponsal de la United Press en Washington decía lo siguiente: "La información de origen oficial, según la cual la Gran Bretaña y Francia se adherirán a los principios básicos que han sido presentados a México para el reconocimiento del gobierno de Obregón, es significativa, en vista de que varios países lo reconocieron hace poco, sin estudiar previamente las condiciones exigidas por los Estados Unidos.

"Se considera esta comunicación como una advertencia a México de que, a pesar de que varios países menores otorgaron el reconocimiento a Obregón, las grandes potencias proceden de común acuerdo en su exigencia de que las autoridades mejicanas aseguren protección absoluta contra cualquier medida confiscatoria respecto a la propiedad extranjera".

Se descubren, en esa política tortuosa de Estados Unidos, las garras potentes de los buitres del Norte. Las revoluciones mejicanas obedecen a los planes de rapiña de los capitalistas yanquis y los gobiernos de México, se afirman o caen, según la actitud que asuman hacia sus poderosos vecinos.

El general Obregón llegó a la presidencia de la República gracias al apoyo de los capitalistas norteamericanos. Y deberá someterse a ellos, o correr la suerte de sus antecesores: los Porfirio Díaz, los Huerta y los Madero.

La crisis religiosa

Comentando el clima provocado en la Iglesia rusa por la cuestión de la requisita de los ornamentos y objetos consagrados al culto, ordenada por el gobierno del Soviet a fin de contrarrestar los efectos del hambre, Mr. Arthur Ransome, corresponsal de "The World" de Nueva York en Riga, decía lo siguiente:

"La Iglesia rusa está atravesando por una crisis que bien puede llegar a ejercer un efecto extraordinario sobre la influencia religiosa y política de dicha institución.

"La dimisión del patriarca Tikhon, anunciada hace poco, es comparable con la abdicación del zar, y las circunstancias en que aquélla se produjo revelan que los bocheviques, que no tienen ni el menor deseo de erigirse en "defensores de la fe", están por provocar la reforma de la Iglesia rusa, y por preparar, mediante su sistema de acentuar la separación entre los poderes temporal y espiritual, el terreno para la exaltación del fervor religioso que necesariamente se producirá por reacción.

"La crisis fué causada por el derramamiento de sangre, al perder su vida varias personas en los Jesérdenes provocados por el clero a consecuencia del secuestro de los objetos sagrados de las Iglesias, con el fin de adquirir semillas y alimentos para los habitantes de los distritos aislados por el hambre.

"Cuando llegó desde Finlandia el primer tren de cereales adquiridos con el producto de la venta de los objetos secuestrados, se produjeron muchos amotinamientos, seguidos de numerosos arrestos y de un proceso en el cual once personas, en su mayoría clérigos, fueron condenados a la pena de muerte.

El patriarca Tikhon fué citado para declarar como testigo y de su testimonio se desprende que el proceder de los clérigos enjuiciados había sido inspirado por una carta circular distribuida por el mismo Tikhon.

"No obstante ello, muchos clérigos se colocaron del lado del gobierno y se opusieron a la política de resistencia de Tikhon contra el secuestro de los objetos de valor de las Iglesias. De ahí resultó que la circular de Tikhon causó una división no solamente en el clero, sino también entre los feligreses.

"Algunos obispos declararon que la acción de ayuda en favor de los hambrientos, por los medios indicados, respondía a principios cristianos y no constituía ningún acto contrario a dichos principios, y esta declaración fué apoyada por muchos profesores de teología y otros miembros del clero".

La boca sangrante

El hacha del verdugo máximo cayó tajante sobre el desdichado suelo patagónico y Santa Cruz fué la enorme herida, abierta al cielo como una boca sangrante que clama justicia. Pero su clamor se perdió en el vacío, y en el cielo, en vez de los manes de la justicia, aparecieron bandadas de cuervos ávidos de carne.

¡Justicia!—clamaba la boca sangrante ¡Carne, carne humana! Carne fresca! — graznaron los cuervos, y se dejaron caer sobre los cadáveres insepultos de los mil obreros fusilados.

Y entonces el tirano máximo, el hiperbólico verdugo argentino, soltó una carcajada sarcástica, la cual traducía quería decir:

"La justicia nunca existió para los que no tienen fortuna, y no será yo el loco que haga una excepción. Justicia... Preguntad a los señores de la Patagonia si para ellos no he realizado un acto de justicia..."

Y mientras la boca sangrante sigue clamando al cielo, desengañada de la solidaridad de los esclavos y de la clemencia de los verdugos, millares y millares de cuervos devoran los cadáveres semi sepultos de las mil víctimas que cayeron bajo el hacha.

¿Y el pueblo argentino, qué hace entretanto? El pueblo argentino, envilecido con la propaganda venenosa de los enemigos de la humanidad, hace coro al verdugo máximo y aplaude sus golpes de hacha.

¿A quién apelar, entonces? A la historia. La historia no miente, porque no le teme al hacha de los verdugos...

Esclavos verdugos

Un juez del foro cordobés ha sido denunciado ante la Suprema Corte por haberse ausentado de la ciudad sin permiso. La denuncia la hace un abogado y tiene todas las apariencias de una falta grave, casi un delito.

No entendemos gran cosa de cuestiones jurídicas; pero así y todo comprendemos que no es muy envidiable la libertad de que gozan los jueces... Si nos ocurre que un juez es tan esclavo como un ordenanza, al menos moralmente.

No tener la libertad de ir y venir cuando a uno se le ocurra, es estar sometido a una coyunda despreciable. Cualquiera obrero, a pesar de lo que se diga en contrario, tiene tanta libertad, en ese sentido, como un juez.

Y véase cómo los que viven continuamente atentando contra la libertad, remachando grillos a las pléreas de sus semejantes, no pasan de ser unos esclavos.

La revolución rusa, a pesar de su fracaso económico, influyó poderosamente sobre las ideas del pueblo. Y es lógico que la Iglesia ortodoxa, estancada en sus dogmas milenarios, sufría los efectos de esa crisis universal de las viejas ideas políticas y religiosas.

El fracaso del patriarca Tikhon, está en su intranquilidad frente a la corriente innovadora que estremeció las bases de la sociedad capitalista. La Iglesia, como toda institución humana, está obligada a seguir el curso de los acontecimientos, porque la ley de evolución impone este principio: "renovarse o perecer".

vos tan humillados por la tiranía como cualquiera.

A las mil categorías de esclavos se agrega esta otra, la esclavitud de los magistrados de la justicia. Cierto es que esta es la esclavitud de una sección de parásitos; pero no por eso es menos repudiable que cualquier otra.

Tal vez este yugo bajo el que viven estos verdugos de la libertad, influye en su ánimo y los hace más enemigos de ésta. Lo cual explicaría el celo poco recomendable que stenten por su profesión. Es propio de quien sufre la tiranía tener vocación de tirano.

Por eso cada día se siente más la necesidad de libertar al mundo.

Masiff

No es el nombre de un arrastrasable que llega del extranjero para hacerse adorar como un ídolo bárbaro por este pueblo semi salvaje; no es tampoco el nombre de un caballo de carrera, ni de un bruto que gana un campeonato golpeando bestialmente con sus puños; es el nombre de una obscura víctima de la tragedia patagónica.

El sirlo Masiff era un vendedor ambulante en la región santacrucense, comerciaba con el peonaje y, según parece, participaba también de sus sentimientos de solidaridad y hasta de sus ideas huelguísticas.

Estos y tener algún dinero encima, además de las mercaderías que había en sus cajones, fueron los agravantes que tuvo en cuenta Varela para fusilarlo. Como haría cualquier bandido de la antigüedad, como hacía con todos los obreros que tenían algo para quitarles, Varela lo mató y le sacó la plata y las mercaderías.

Un hermano de Masiff, comerciante de Río Gallegos, inició una reclamación: se fué al interior y, de entre veintiséis cadáveres echados a una zanja, sacó al hermano. A Varela se le complicaba el negocio; ¿qué hizo? Le vendió por poco dinero que nada, cerca de cuatrocientas armas, muchos ponchos, botas, recados y quillangos — todos trofeos tomados en un encuentro — al hermano de Masiff, y el otro se dió por satisfecho. La muerte del pobre sirlo fué pagada con las armas y pilchas de un saqueo a los trabajadores, fusilados luego.

Por eso, cuando el abogado defensor de los presos de R. Gallegos preguntaba: "¿Estos hombres fueron tomados con armas, dónde están esas armas?" Nadie respondía. Las armas estaban en el negocio del hermano de Masiff...

Anarquistas organizadores y antiorganizadores

Intentaremos reproducir aquí algo que creemos provechoso para todos los compañeros.

Esto, sin ningún otro fin, ni otro propósito que el de inducir a la meditación. Todo el que no carezca de buena fe, sabrá interpretar rectamente las intenciones que nos guían al hacerlo.

Entre los anarquistas italianos parece definirse dos tendencias. Una partidaria de la acción sindical y otra antiorganizadora. "Umanità

Nova", órgano del anarquismo italiano, ha sido invitado a pronunciarse acerca de una de estas dos tendencias.

Ahora bien, su director, Enrique Malatesta, ha contestado en los siguientes términos, que creemos merecen, no ser acatadas pasivamente sino meditados con sereno criterio.

Dice Malatesta, contestando a Gino F., de quién parte dicha invitación:

"Contesto brevemente, haciendo la salvedad de que he de volver sobre el tema en caso necesario.

Entre los anarquistas que aceptan el programa de "Umanità Nova" existen los organizadores y los antiorganizadores. Y está muy bien.

Yo, — y digo yo, porque en la redacción hay quien piensa diversamente — estoy por la organización en partido y por una amplia participación de los anarquistas en el movimiento obrero; pero creo que se puede hacer obra anarquista más buena también fuera de la organización de partido y fuera de la organización obrera. Y por ello acepté la dirección de un diario que fuera el órgano de las dos tendencias y redacté un programa aceptable para los unos y los otros.

Los compañeros pueden, pues, exponer sus respectivas ideas en el diario y yo — también privadamente — he rogado a los compañeros de la tendencia antiorganizadora que se hallan con capacidad de hacerlo muy bien, a escribir en "Umanità Nova" y no permitir que la tendencia sea representada por grupos firmados sin pie ni cabeza, cuyos escritos estamos hartos de tirar al cesto.

Pero si las dos tendencias pueden ser útiles y convivir en el mismo diario y supongamos que a una u otra le fuera posible ser beneficiosa para la causa, no la insulte y no trate como enemiga. Sobre todo, necesario que no tergiversar, no devirta las ideas del adversario y atribuya intenciones que el adversario naturalmente repudia.

En lo que atañe a la cuestión de los hechos individuales, manifestados que me siento profundamente disgustado de verme precisado a contestar siempre la misma cosa a gente que, si no obra de mala fe, debe ser singularmente desmemoriado acerca de lo que acontece en nuestro movimiento.

No hay ningún anarquista que rechace los hechos individuales, — excepción hecha de los así dichos anarquistas tolstoyanos, quienes se oponen a toda acción activa que traiga la opresión.

La diferencia no estriba entre hechos individuales y hechos colectivos, sino entre hechos buenos, útiles y sensatos y hechos malos, dañosos e insensatos — no importa si fueran cometidos por un hombre o por un monstruo, un Minotaur.

Quando, empero, el compañero Gino F. me pide que yo publique también lo que yo creo perjudicial y dañoso para la idea y al movimiento, va verdaderamente demasiado lejos. En el diario podrá, a veces, aparecer, por error, alguna cosa que, al verlas yo, las hallo juzgado perjudiciales y por lo tanto destinadas al canasto; pero yo debo, voluntaria y conscientemente publicar cosas que me parecen...

APUNTES LITERARIOS

Anatole France, Romain Rolland, Barbusse y etc.

En la prensa francesa de vanguardia, está desarrollando una encarnizada rivalidad, aunque cortés, polémica entre varios intelectuales subversivos.

Se trata, sobre todo, de la controversia Romain Rolland - Barbusse.

El tema y el motivo en discusión es sobre la actitud que deberían asumir los intelectuales frente a la Revolución.

El asunto es magnífico y tentador: "Los Intelectuales y la Revolución".

El asunto es magnífico y tentador: "Los Intelectuales y la Revolución".... El tema que, a la gran masa de los intelectuales que constituyen su producción cerebral a tanto la línea, poco les importa la Revolución. De este modo, la controversia permanece circunscrita al grupo de los intelectuales de la extrema izquierda, quienes, entre sutillaciones y distingos, se pierden en las regiones siderales, donde la realidad práctica de nuestras pobres vidas, no consigue auparse.

A falta de ideas, y sobre todo de verdaderos sentimientos, se recurre a los eslógios bellamente tallados y a las palabras artísticamente buriladas. Y, desafortunadamente, lo que prometa ser un espectáculo apasionador por la batalla de ideas que iba a librarse, concluye en un duelo elegante de virtuosos que, tanta que hubiesen empuñado un florete en vez de la pluma, — noble herramienta de trabajo, cuando los propósitos que la animan son veraces y responden a una profunda preocupación de ser el bien.

En un tiempo, en Francia, casi todos los literatos que querían hacerse de un nombre, ostentaban veleidades anarquistas o anarquizantes. La idea anarquista, su noble levadura moral, ha sido la cantera tan explotada por los literatos que, si éstos hubiesen de depender solamente una parte de lo que hizo ganar, hoy, el anarquismo tendría más rentas que un Estado. Y, naturalmente, con este sentimiento surgieron las entrañas del pueblo, engendrado una vida de sufrimiento, floreció — solamente en Francia, sino en todos los países del mundo — el período de la literatura rebelde, negadora de la autoridad y todo prejuicio, ya religiosidad o sentimental.

Si solamente espiáramos en los escritos del Sr. Lugones joven, veríamos cómo le debe al anarquismo y con qué orgullo plagaba a Maiatesta. Pero era en los tiempos en que el Sr. Lugones, se hallaba en exhibición para enarbolar al mejor postor y había que pagar a la burguesía criolla para que pagara el precio. Además, escritor que quería estar a la moda, y como los figurantes en literatura y las "toilettes", vienen a París, él escribía y pensaba como se hacía en París.

Por otra parte, los astros de aquel momento, un Mirbeau, un Anatole France, un Tullhade, eran demasiado conocidos para que el inspirarse en ellos pudiera ser impunemente. Más fácil, era recurrir a un obrero-escritor, sólo leído

nocivas a la causa, es pretensión absurda y también ultrajante. No soy un periodista profesional y no miento a mis ideas por una razón y bajo ningún concepto.

por el proletariado.

Hoy, que este género de literatura ha llegado, y con ella sus principales cultores, poca necesidad hay de seguir simulando. Asimismo, las conversiones vuelven a estar de moda. La vuelta al más untuoso catolicismo o al peor reaccionarismo, ha recobrado su boga. Lo practica Claudel, máximo poeta de Francia; lo practican Suares y toda la pléyade de los escritores de la "La Nouvelle Revue de France", de manera que, catolicismo y reaccionarismo, resultó "chic". Es lo clásico, es lo sólido. Por eso, pocos son los profesionales de la pluma que, actualmente, no se hallen ligados por intereses de partido.

Y llegado a este punto, la polémica cobra cierto interés. La tesis de Romain Rolland, contra las afirmaciones tendenciosas de Barbusse, es la siguiente:

"La independencia absoluta del espíritu". Ninguna dependencia de partido, de clase o de casta. El pensamiento debe afirmarse por encima de toda lucha estrechamente partidista, libre, independiente, refractario a toda desviación tendenciosa — a toda regimentación demasiado rígida. Y, por ello, se deduce que debe ser rebelde... Y anarquista.

No piensa así, el fundador de "Claridad", cuyos rayos dispensadores de una luz emancipadora, sólo subsisten en las piadosas intenciones del célebre autor del "Fuego". — quien quisiera someter el pensamiento al más dogmático y autoritario de los partidos.

Entre tanto, la polémica, hasta ahora más o menos cortés, amenaza encontrarse con la intervención de Marcel Martinet, quien en la prensa comunista, pretendería fulminar todos aquellos escritores que no se inclinaban ante el verbo comunista. Y corto de argumentos, pero abundante en palabras, apela al testimonio de uno de los gigantes del pensamiento que han quedado en la vanguardia: Anatole France. Y satisfecho del testimonio casi irrefutable que puede ofrecer, dice con honda complacencia: "El escepticismo de Anatole France, es una razón más

para hacer preciosa su adhesión a nuestras ideas. Con esto se viene a demostrar la fuerza de tales ideas, si a ellas les ha sido concedido el mérito de retener el espíritu ondulante y vario de quien quiso escrutarlo todo, y en todas partes no encontró más que razones de duda profunda".

Pero no terminó de escribir estas líneas exaltadoras, que Anatole France, cultor de la verdadera libertad y no de los dogmas, enviaba a Moscú su conocida admonición contra las persecuciones políticas del gobierno bolchevista.

¿Qué otra cosa era posible suponer? El autor de "Crainquebille" no podía someter el propio espíritu, bajo la losa de plomo de una secta o de un partido. Su protesta contra las persecuciones del pensamiento rebelde, estaba ya concedida, desde el momento que algunos amigos de la verdadera libertad se presentaron ante el gran escritor a solicitarla. El gobierno bolchevista no la quiso tener en cuenta. Con ello, los dictadores de Moscú no se muestran mucho más sensibiles a los reclamos de los representantes del pensamiento libre, que los dictadores capitalistas de Washington o de Buenos Aires.

Esta protesta en favor de la libertad, procede, por parte de Anatole France, de la nunca desmentida generosidad de alma y elevación de pensamiento que en todos los trances supo demostrar.

Recordáis su reciente discurso a "La Liga de los derechos del Hombre", en el que expresaba su sentir acerca de la violencia, la guerra y las opresoras pretensiones de los modernos "vencedores":

"La fuerza nada puede, cuando se ejerce en contra de la naturaleza de las cosas". Estamos lejos de las épocas de las "victorias doradas". La última guerra ha agotado Europa. Ella erigió, sobre la ruina de los Estados, las fortunas privadas que ya se están hundiendo en el derribo de la fortuna pública. ¿No es acaso el fin del régimen capitalista el que se acerca inminente?

Y dirigiéndose a sus compatriotas: "Por piedad! Si amamos la gloria, si verdaderamente queremos ser la primera nación del mundo, demostrémoslo con la cordura, con la razón, con una justa inteligencia de lo que es posible y de lo que es bueno... En fin, como se expresaba el gran Goethe, "con una mirada serena que alcance y comprenda a todo el género humano..."

MOTIVOS DE ARTE

La lección de Leonardo da Vinci

"OSTINATO RIGORI"

El "motto" del autor de la Gioconda, fué el de un obstinado rigor para consigo mismo. Este lema de "ostinato rigore", le acompañó toda la vida e inspiró todos sus trabajos y acciones. Cuenta el Vasari que Leonardo da Vinci trabajaba en la escuela de Verrochio. Un día, excediéndose, sin haber pasado de las lecciones de dibujo, pintó.

Pintó para demostrar que ardía en él la llama del divino arte. Su pintura, "Rotella del Fico", se expuso en la tienda del anticuario Resi y fué celebrada por los Maestros. Filippo Lippi la quería atribuir a Pietro del Piave. El Pollaiuolo y Alessandro Filippelli no daban con el nuevo autor. Llegó el Verrochio y reconoció la manera de su discípulo. Elogió fuertemente la pintura y vaticinó para el que empezaba un fuerte porvenir...

Pero el Maestro, al día siguiente, hizo comparecer el Discipulo a su presencia para reprenderle y decirle: "Da Vinci, aunque hayas pintado magníficamente una tabla, no sabes pintar. Adivinas el arte. Pero no posee la técnica del arte. Hasta que hayas pasado por todas las clases de pintura, te prohibo que intentes pintar nuevos cuadros.—Es cierto, Maestro, —contestó Da Vinci.—Hasta que complete mis estudios no puedo ni debo pintar". Y así lo hizo. Leonardo da Vinci no pintó hasta haber terminado su aprendizaje.

¡Magnífica enseñanza! Para todo arte se necesita la técnica, se impone el saber. No debemos fiarnos del genio ni de intuición; se precisa estar en posesión de la ciencia; la escuela, el aprendizaje, son necesarios.

Y quien nos da la lección es Leonardo Da Vinci, el gran artista, que fué filósofo, escultor, matemático, físico, anatomista, embriólogo, arquitecto, geólogo, paleontólogo, fisiólogo, botánico, ingeniero hidráulico, geógrafo, maestro en arte de guerra, y que lo fué todo para poder ser un gran pintor. Su sabiduría iba de complemento a la pintura, y de ampliación, partiendo de la pintura. No pasó otro aprendizaje que el de pintor, porque vivió en eterno aprendizaje de su arte.

A Leonardo Da Vinci le bastaba el genio. ¿Pero es que el genio basta? ¿Pero es que podemos fiarnos del genio? ¿Pero es que no puede sobrar genio? Una avenida de río rompe los diques. Al genio hay que educarlo; Leonardo lo educó. El sabía que nunca una obra debe agotarnos; que hay que poder dar más de lo que se da. El sabía que nunca una obra debía exceder. La cultura es límite. El poder autocriticarse hizo que supiera eliminar lo que la posteridad le hubiera eliminado. ¿Cómo le sería difícil a Leonardo con su genio inflamado, con su monstruosa multiplicidad, llegar a la divina proporción! ¿Cómo le sería difícil evitar por el conocimiento las desigualdades de la apariencia! En nuestra mesa de estudio se hallaban dos tomos de anatomía extractados de los códigos de la Biblioteca Real de Windsor. 435 estudios anatómicos, rebuscados, sapientes. El ojo avizor nota el descontento por la duda de la corteza. Cada cuadro leonardesco, era precedido de una larga elaboración, de una amarga duda. ¡Oh, difícil belleza! Cada cuadro leonardesco salía de la ciencia del artista.

Una nota: Miguel Angel fué un genio



—Habla, pequeño animal. Dime...!

(Dibujo de Fidus)

CRÓNICAS DE ARTE

El VIII Salón anual de la S. de Acuarelistas, Pastelistas y Aguafuertistas

Visitar este salón y permanecer un tiempo respirando su "atmósfera", impregnándose de los "efluvios" que emanan del centenar de obras colgadas de sus paredes, es exponerse a soportar un "mal cuarto de hora", espiritualmente hablando. En efecto, el examen de todas esas "naderías" bonitas y brillantes, nos llevan a conclusiones desoladoras.

Como siempre, como el año pasado y el antepasado y los precedentes, se ha pintado por pintar y sin motivos más fundamentales que el deseo de cumplir con el compromiso de la exposición. Raras, muy raras, son las obras surgidas por la necesidad imperiosa de comunicarle a los demás hombres algo que nos emocionó o cautivó extraordinariamente, motivando un entusiasmo del cual quisiéramos que todos participaran.

Por eso, la impresión que nos causa el salón en conjunto es deplorable, deplorable hasta decir basta. Reflexionamos un instante, ante tanto derroche de colores, de tiempo y de trabajo y, con toda sinceridad, nos preguntamos a quiénes pueden interesar estas acuarelas, estos pasteles y estas aguafuertes. ¿A un obrero? No; las miraría con cobardía y embaazado y no sabría qué decirle a sí mismo, puesto que las obras nada le dicen de sus trabajos, de sus dolores y de sus afanes. ¿A un hombre de una fuerte cultura? Tampoco. ¿A un burgués? Por lo general, estos sólo adquieren obras de arte atendiendo a la firma. ¿A una "cocotte"? Tal vez. Hay, en verdad, cartones que podrían verse muy bien en una alcoba de una mujer elegante y frívola. ¿A un profesional de la pintura? También sería posible que les interesara por los problemas de técnicas, resueltos o no, y por esa gramática especial que posee todo arte y que los induce a considerar las obras solamente como un "tour de force", alardes de virtuosismo exentos de toda expresión de vida. Quiere decir, entonces, que esta noble arte de la pintura, destinado a incliarnos en las misteriosas bellezas de la naturaleza, queda reducido a un vano y estéril ejercicio, apto únicamente para herir la curiosidad de unos pocos iniciados que, así como son pintores, podrían ser muy bien coleccionistas de estampillas.

Oscar Wilde, en una de sus famosas conferencias, pronunciadas en las Academias de Arte, de Norte América, precisaba sus consejos con las siguientes palabras:

"La estética no debe nunca ser una teoría abstracta. Solamente ha de ser una serie de observaciones arrancadas de la

galopante. Da Vinci fué el genio de la razón segura. Por su furor iluminado, el episodio de la guerra contra Pisa "Sorprendidos en el baño" pudo vencer a la "Batalla de Anghiari". ¡Dos gigantes! Miguel Ángel nos causa estupor. Leonardo Da Vinci admiración. Miguel Ángel nos aturde. Da Vinci nos dá ejemplo... Y en arte preferimos el ejemplo y la admiración, al estupor y al aturdimiento.

Da Vinci, pintor, lo quiso saber todo. lo buscó todo, para ponerlo en su arte.

realidad. La vida es un incesante acto de creación. Toda la belleza del mundo reside en el Esfuerzo...

En nuestra época y en nuestros días, nada más bello e ingénitamente noble que el esfuerzo de un obrero, al empujar una viga; la actividad de un segador, en el escorzo violento de abatir la mies, o la del forjador domando el hierro candente.

¿Dónde encontrar motivos más sugerentes y más nobles que en el mundo del trabajo?"

Oscar Wilde, discípulo de Ruskin, comprendía la necesidad de un arte que predicase y exaltara en el hombre la virtud solidaria del trabajo que crea y transforma este mundo. Pues bien, nuestros artistas no piensan así. Fuera de la cabecita lamida y rebuscada y de los paisajes, condimentados con la salsa impresionista o sentimentaloides de la hora, nada encuentran. Digérase que viviesen en un país donde sólo se hiciese vida de sociedad, y cuyos únicos sujetos dignos de exaltar, en la "cocotte" o las mástias flores parasitarias de invernáculos. Verdad es que casi todos viven una vida de hiedra abrazada al tronco del Estado. De él sacan sus jugos vitales, y con las subvenciones y prebendas en forma de cátedras, encargos y etc, se costean la vida... ¿Cómo, entonces, exigirles una actitud digna o independiente?

Sus obras son un pálido reflejo de sus propias existencias.

Es indudable que en este salón, como en todas las muestras colectivas de arte, aquí también existen excepciones. Estas excepciones, son las aguafuertes de un Italo Botti, cuyos paisajes suburbanos están impregnados de ternura y de una humilde sujeción al natural. También son dignos de señalar los templos del señor Butler, cuya sencillez de medios y hondo misticismo, denota una noble sensibilidad y un excelso amor por la naturaleza. La monografía de Benjamin Nemirowsky, es un trabajo que, con sobriedad de medios, se ha conseguido una elocuencia de expresión verdaderamente admirable.

Señalemos aún, Ruso, con "Un entierro en San Luis", bello de color y de carácter. Y, por último, hablemos de uno de los nuevos, de uno que el nombre no es conocido y cuyo "Estudio", una cabeza de viejo obrero, es magistral, tanto por la expresión que se ha logrado darle, como por la solidez de su construcción razonada, hija de una voluntad inteligente.

At.

El hombre que estudia la historia, adquirirá la convicción de que todos los sucesos principales tienden al mismo objeto: la civilización universal.

BALMES.

El clericalismo es una liga de los partidos de Estado y de la Iglesia, la confusión de la política y del culto, el complot de la política y del dogma para la esclavitud del espíritu humano.

DEFFORSE.

EL NIDO DEL AGÜILA

(Leyenda danesa)

Cayendo a plomo sobre un pequeño pueblo, alzabase en la azulada atmósfera abrupto peñasco, tan alto y desnudo, que ningún pie humano pudo alcanzar su cúspide, y donde una familia de águilas había construido su nido. Sobre este uido, Bjornstjerne Bjornson ha escrito una hitoria; pero como la he oído contar algo diferente, a mi vez la traslado al papel.

Escuchad:

Sobre la cima de este peñasco — répto — una familia de águilas había construido su nido, y desde lejanos tiempos, tantos como pueda recordar la memoria de los hombres, las águilas habían sido el terror de la comarca.

Tan pronto caían sobre las cabras y ovejas que tranquilamente ramoneaban la hierba de los lejanos prados, como picoteaban los ojos de los pastores que con sus palos intentaban defender sus rebaños. Si; a veces hasta se ayoderaban de niños mientras jugueteaban en la plaza del pueblo, levantándolos suspendidos en sus garras, más alto que la cima del peñasco, para desde allí lanzarlos y destrozarlos en su caída.

Los audaces jóvenes del país soñaban siempre con el noble propósito de escalar el peñasco para arrojar del nido a las rapaces, y volver la tranquilidad al pueblo. Desde la infancia ejercitábanse en encaramarse por las paredes del peñasco, y a esto se debía que no se encontrara por los alrededores otros hombres tan audaces y atrevidos como ellos. Era rarísimo quien pasara de los veinte años sin que hubiese tentado el peligroso escalado del nido de la águila, pues nadie los hubiera considerado hombres, si ellos se habrían atrevido a cortejar de noche a una muchacha sin haber probado su valentía contra el invencible enemigo.

Y, sin embargo, ninguno de ellos logró poner su mano en el nefasto nido. Algunos llegaban hasta el primer saliente del peñasco; pero, una vez en él, se apoderaba el vértigo al contemplar, bajo sus pies, la aguda flecha del campanario del pueblo irguiéndose en el azul como el hierro de una lanza. Otros llegaron hasta la segunda aspereza, casi a la mitad del camino, pero, al querer traspasarla, las capas pizarrosas se desmenuzaban bajo sus pies, y con celeridad vertiginosa resbalaban a lo largo de la abrupta roca, rechazados, rotos sus huesos y hendido el cráneo. Uno solo alcanzó un día la tercera aspereza; pero una vez en ella, cayó de improviso de espaldas, como repellido por invisible mano. Cual pájaro herido, atravesó el aire, desgarrándolo con ronco grito, antes de caer en roca, cayendo, en fin, despedazado, en medio del pueblo.

Por esta época, un nuevo párroco llegó a la comarca, y cuando se enteró de la loca lucha emprendida por los habitantes contra las águilas, comenzó desde el púlpito a fulminar sus rayos contra aquel insensato juego de vida o muerte.

— ¡Intentar a Dios — exclamó —, el cual, en su sabiduría, ha puesto límites al poder del hombre, límites que nadie puede traspasar sin ser castigado. Y señalando el nido, añadió que Dios mismo lo había emplazado tan alto como señal

evidente de que hay cosas que desafían todos los esfuerzos humanos.

— ¡Pues saludable es que siempre haya alguna — decía — que el pueblo jamás pueda alcanzar!

Entre los ancianos del lugar, el sermón del cura cayó en terreno abonado, pues no había casa que no contara con un hijo estropeado, ni familia que no llorase la pérdida del consuelo y apoyo a su vez. No obstante, parecía como si la abrupta cima les atrajese con irresistible pujanza; pues corría ya de boca en boca la noticia de que al siguiente domingo un joven de diez y ocho años, hijo único de una pobre viuda, intentaría el arriesgado escalado.

En la grande plaza de la iglesia, a la hora fijada, los habitantes del pueblo, reunidos, hablaban bajo, contemplando, a través de las veraniegas nieblas, las paredes de la roca en que el joven había llegado al primer saliente. Ni siquiera se detuvo; quitóse el sombrero y lanzando con todas las fuerzas de sus pulmones un grito de esperanza, saludó a su madre, que, desgreñada y sollozando, arrojada al pie del peñasco, tendía sus brazos... Al alcanzar la segunda aspereza, sentóse el joven y, mientras se enjugaba el sudor, midió con ojo certero la distancia que le separaba del final del camino.

Todas las miradas se fijaron en él cuando un instante después se le vio estrechar el cinturón y, con la lentitud de un gato, avanzar de nuevo, ayudándose con las manos, puesto que el peñasco, desgastado por las heladas de invierno, volvía cada vez más perpendicular. A cada tentativa de avance resbalaba; y los viejos bajaban la cabeza mirando con ojos de compasión a la madre desvanecida en medio de un coro de mujeres.

— Esto acabará mal — murmuraba acercándose unos a otros. — ¡Es demasiado joven! — ¡Y demasiado atrevido!

En una pequeña elevación del terreno, una joven de rubia cabellera, aislada de todos, con su corpiño encarnado contemplaba la escena cruzada sus manos a la espalda. Varias mujeres del pueblo, al pasar cerca, la miraban con torva, ceñida faz, al saber que era novia del audaz joven y precisamente que había pedido aquella prueba de valentía y de su cariño. Indiferente a la ansiedad general y a la indignación que la rodeaba, seguía con la vista, sonriente, a su prometido, suspendido entre cielo y la tierra; y en su linda cara, traza y acarminada, lefase la certeza de que sería su novio el que lograra alcanzar lo que otro pudiese obtener.

De pronto, un grito partió de la asamblea. Subiendo rápidamente y en zigzag el joven acababa de alcanzar la tercera y última saliente. Pero sus fuerzas se cerían agotadas. A pesar de que no se veía más grande que una mosca, distinguíasele agarrado aún a la roca.

El que poseía mejor vista de los alrededores, un hombre rodeado de un grupo de ansiosos, dijo sacudiendo tristemente la cabeza:

— No volverá vivo. Está más allá que la cal y tiene las manos ensangantadas.

Silencio general se impuso. El joven se erguiese de nuevo y el hombre

vióle cómo...
sas que...
entonces...
buscar a...
y pies...
Un estre...
mente a t...
Gruesas...
fiasco, rod...
rocas...
— Todo...
gunos; un...
en alta vo...
Pero, viv...
con sus do...
la roca y s...
sus pies en...
tamente, c...
Minutos...
rrieron, du...
dores reuni...
espantados...
por la cima...
del al auda...
De impre...

Rest...

En el pa...
mano, las...
dad pasmo...
Los proble...
fíciles, la...
mente imp...
cilsimamen...
miento que...
suma facil...
rre, que cu...
demuestra...
así, hasta...
con ella, ¿...
cómodo sol...
soluciones...
queremos...
mo en la r...
Y, sin e...
evidencia l...
y rendir l...
Cada hec...
de tal for...
los cálculos...
queda ni r...
Y es que...
mientos de...
car, con lo...
tado de los...
todo el cor...
siguen.
Y la pru...
quier asunt...
dar. Pero t...
caso de M...
en muy po...
tor cómo e...
era, compu...
tivo de ho...
este ejércit...
es que pu...
este sobre...
Indudable...
Makhno...
dable; tuvo...
bnes que l...
este ejércit...
obra deva...
invasor, p...
¡Cuánta ab...
de su part...
acompañab...
loca, deses...
ron a la m...
osadía; la

vióle cómo se estrechaba aún más el cinturón, examinando las paredes rocosas que ante él tenía, perpendiculares entonces hasta llegar al nido. Víosele buscar a tientas apoyo para sus manos y pies...

Un estremecimiento sacudió dolorosamente a todos: ¡el joven resbalaba!

Gruesas piedras destacáronse del peñasco, rodando ruidosas a lo largo de las rocas...

—Todo acabó para él — pensaron algunos; otros, en su emoción, dijéronlo en alta voz.

Pero, vivamente, el atrevido cogióse con sus dos manos a una hendidura de la roca y se retuvo agazapado hasta que sus pies encontraron nuevo apoyo: Y lentamente, con precaución, avanzó...

Minutos parecidos a siglos transcurrieron, durante los cuales los espectadores reunidos mirábase unos a otros espantados, pues la sombra proyectada por la cima ocultó a sus ojos asombrados al audaz joven. ¡Tal vez había caído!

De improviso estalló un clamoreo ge-

neral. Víéronle sobre la cima de la roca, destacándose en el claro azul del cielo.

En aquel momento, las águilas, muy lentamente, atravesaban los aires... pero el joven, con un rápido movimiento, cogió las ramas del nido, y nido y huevos cayeron precipitados de lo alto de la roca en las profundidades peñascosas. Las águilas, aterrorizadas, interrumpieron su vuelo; después, las dos, arrojando agudos chillidos y con rápido y ruidoso batir de alas, volaron de nuevo, desapareciendo a lo lejos...

Y en la pradera, los gritos de contento hendían la atmósfera de tal modo como jamás desde tiempos inmemoriales se había oído. Solamente el párroco se retiró silencioso y cabizbajo.

"Sólo él no podía comprender aquello..."

¡Y es que no hay nada en el mundo, por muy alto que sea, que la voluntad tenaz y firme de un pueblo no pueda alcanzar un día!

Henrik PONTOPPIDAN.

LA LEYENDA DE MAKNO

Restableciendo en lo posible la verdad.

En el papel y con la pluma en la mano, las cosas suceden con facilidad pasmosa y hasta matemática. Los problemas más intrincados y difíciles, las soluciones extremadamente improbables, se resuelven facilísimamente; y es tal el convencimiento que llega a adquirirse de la suma facilidad con que todo ocurre, que cuando la vida práctica nos demuestra, palpándolo, que no es así, hasta llegamos a enfadarnos con ella. ¡Resulta todo tan fácil y cómodo sobre el papel! ¡Llegan las soluciones con tal suavidad, que no queremos ni creer no suceda lo mismo en la realidad!

Y, sin embargo, es así. Ante la evidencia hay que plegar banderas y rendir las armas.

Cada hecho, cada acción, modifica de tal forma y tan profundamente los cálculos tomados, que a veces no queda ni rastro de ellos.

Y es que lo limitado de los conocimientos del hombre no puede abarcar, con lo que hoy sabe, lo ilimitado de los aspectos de la vida con todo el cortejo de elementos que la siguen.

Y la prueba la tenemos en cualquier asunto que pretendamos abordar. Pero tomemos, por ejemplo, el caso de Makhno. En un segundo, en muy poco tiempo ha visto el lector cómo de un simple grupo que era, compuesto de un número relativo de hombres, hemos llegado a un ejército de ochenta mil. Pero, ¿es que pudo suceder tan fácilmente sobre el terreno de la realidad? Indudablemente no.

Makhno reunió un ejército formidable; tuvo ochenta mil o más hombres que le obedecieron; pudo con este ejército irregular impedir la obra devastadora y fanática del invasor, pero ¡cuánto sacrificio! ¡Cuánta abnegación debieron poner de su parte él y todos los que le acompañaban! ¡Cuántas veces, en loca desesperada lucha, no desafiaron a la muerte; la retaron con su espada; la llamaron con sus gritos

de coraje! ¡Sólo ellos, los campesinos ucranianos, pueden y deben decirlo algún día! Yo me limito a decir lo que me dijeron, aun cuando no puedo substrarme a intercalar, de cuando en cuando, algunas consideraciones personales.

Pero volvamos al relato de las hazañas de esos valientes, que es seguramente lo que más interesa a los lectores.

A medida que las guerrillas aumentaban, la resistencia al invasor iba haciéndose más empeñada y tenaz. Ya no se trataba de un tiro suelto y aislado, o de un grupo de individuos que aparecía como emergiendo del suelo, cual los hongos, para hacer fuego en una descarga y desaparecer de la misma manera después. Los ataques y la resistencia eran más frecuentes y más sostenidos. Claro que, los insurrectos, por interés propio y por debilidad numérica no entablaban combates ni afrontaban a los grandes cuerpos de ejército. Su táctica seguía, y siguió hasta el último momento, siendo la misma. Buscaban siempre las ocasiones propicias, vigilaban los movimientos del ejército, y cuando se separaban de las grandes formaciones, pequeños destacamentos se lanzaban rápidamente sobre ellos y les arrebatában las armas y las municiones, destruyendo con preferencia a la oficialidad que los mandaba.

Logrado su objetivo desaparecían, y donde momentos antes había reinado la lucha y con ella la muerte, la paz surgía al instante, y al acudir refuerzos del invasor para castigar al insurrecto sólo hallaba algún que otro campesino que tranquilamente labraba su tierra y recogía sus frutos, con la rara coincidencia que nunca había visto ni presenciado aquellos combates de que se le hablaba, y por los que insistentemente se le preguntaba. A lo más, sabía, cuando sabía algo, que sí, efectivamente, había visto unos que tiraban, pero que le pare-

cía que no eran del país, y que después de tirar huyeron hacia allá, hacia el monte. El no sabía ni había visto más.

Estas que primero fueron agresiones aisladas e intermitentes, en continuados y repetidos ataques se convirtieron poco a poco. Ya no era un grupo que aparecía delante de una columna en marcha, o durante la noche en las calles del pueblo o en el bosque, eran grupos numerosos, casi ejércitos, mandados por varios caudillos que atacaban la vanguardia, la retaguardia, los flancos por la izquierda, por la derecha, o parecían, en fin, que las piedras, las matas, los árboles, las casas, tenían manos, un fusil y tiraban contra los usurpadores.

El pueblo ucraniano defendía con fiera su independencia y su libertad, y para defender tan queridos y estimados atributos daba su sangre, su vida; sus hombres y todo cuanto tenía.

Una vez más, en la larga historia de los pueblos invadidos, repitióse la historia. Un pueblo sin ejércitos regulares, defendiendo palmo a palmo su país, haciendo pagar cara una dependencia que no se desea.

Dos acontecimientos importantes vinieron a modificar el carácter de una lucha que, a pesar del valor y del heroísmo demostrado por el pueblo de miles que luchaban, a la larga hubieran sido vencidos.

El gobierno revolucionario, el nacido de la revolución mejor dicho, de Moscú, intervino ayudando a los ucranianos, y si no les dió hombres, porque tampoco los necesitaban, y aunque los necesitasen no hubiera podido dárselos, dióle, en cambio, fusiles, armas y municiones en la cantidad necesaria para que resistieran hasta que el ejército rojo, en vías de organización, pudiera venir a prestarles ayuda.

El otro acontecimiento fué que, fracasada la ofensiva alemana en el Camino de las Damas y contra Verdún, y por otro lado, amenazando los aliados romper el frente alemán por la inferioridad de sus fuerzas, tuvo necesidad el estado mayor germano de las tropas del frente oriental. Pero el bocado era exquisito, y Alemania sentía abandonarlo. Y, por otra parte, el temor del conta-

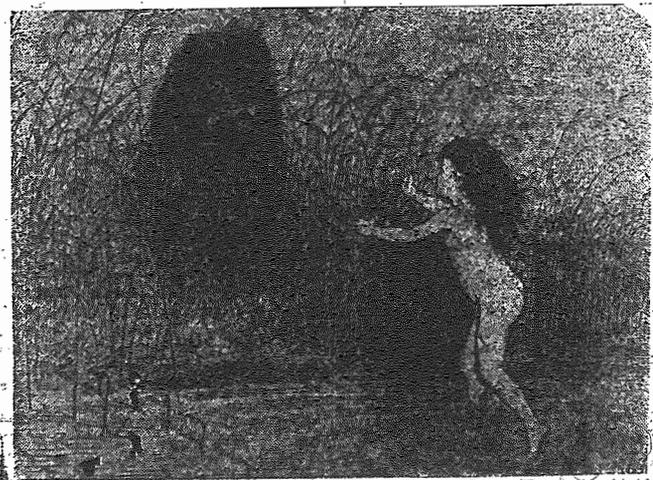
gio revolucionario, dada la depresión de ánimo de sus soldados, hizo pensar a los mandarines germanos en buscar algo o alguien que sostuviera la guerra. Como no faltaban ambiciosos para ocupar el trono vacante, pronto surgió el hombre salvador. Denikine se hizo cargo de la herencia. Tomó para sí el encargo de restaurar a la burguesía rusa y ucraniana en el usufructo de sus hasta entonces perdidos privilegios.

La aparición de Denikine en la Ucrania asestó rudo y doloroso golpe a la unidad de la causa revolucionaria.

Makhno, que si no tenía un ejército organizado, ni un gobierno militar constituido, tenía, en cambio, un Comité, que llamamos estado mayor, para mejor comprensión, del que formaban parte elementos intelectuales de todas las ramas del saber: profesores de filosofía, ingenieros, médicos, artistas, maestros de escuela y simples obreros manuales, y que de diez hombres que lo componían, todos ellos eran conocidos en el mundo de las ideas y de la lucha como anarquistas, convocó a delegaciones de todas las fracciones, en que el ejército insurreccional estaba compuesto, y les explicó la equivocación de que no se considerase a Denikine enemigo tan peligroso de la revolución y de la independencia del país, como lo habían sido los ejércitos alemanes invasores.

El y los nombres de su estado mayor insistieron para que los campesinos que les seguían y que tan ardientemente defendían la revolución, no se pusieran al servicio de la reacción y de la tiranía. Y si lograron convencer a muchos, a todos les fué imposible lograrlo. Y éstos, los no convencidos, los que contra el extranjero invasor habían estado al lado de sus hermanos los revolucionarios, partieron y se sumaron al ejército de Denikine. Justo es decir que Denikine prometióles que él sólo pretendía imponer el orden; en lo demás las cosas seguirían como el pueblo quisiese que siguieran.

La promesa era falaz, pero era atrayente. Y los confiados y nobles de corazón y de alma la creyeron. El prejuicio y la rutina, una vez



— ¡Querido León!

(Dibujo de Fidus).

Una máquina para descubrir el adulterio

Invento del Dr. Abrams. - Algunas consideraciones sobre la unión libre

Los diarios norteamericanos, nos informan del último descubrimiento, o de la flamante invención de una máquina, o de un aparato científico — cuyo objeto, entre otros, es el de poner en descubierto cualquier adulterio...

¿Es estúpida o no la noticia? Los comentarios que provoca este aparato infernal, son de los más variados, en la prensa de ambos hemisferios...

A nosotros, en cambio, no nos sorprende nada de lo que haga la ciencia norteamericana. Porque si la ciencia ha llegado a ser despiadada y asesina, en unos países más que en otros, en Norte América, donde la moralidad del ambiente es de la más abyecta, bien puede llegar hasta esto, de multiplicar los degredados y las infelices y destruir los últimos vestigios, bastante débiles que aun mantenían unida a la familia burguesa y cristiana.

Indudablemente que lo que a la familia burguesa le sacaza, no es lo que más nos interesa; pero cabe preguntarse: ¿cuáles son los fines humanitarios y sociales que ese inventor persigue con su aparato?

Oigamos, primero, la descripción que un corresponsal hace de esta invención:

"El inventor, es un médico de San Francisco, el doctor Abrams, quien ha construido un aparato eléctrico, merced al cual se puede determinar, con el examen de la sangre, la raza, el sexo y la clase de enfermedad que aqueja a un paciente. Este artefacto permitirá además, acertar la paternidad, mediante la identificación de las vibraciones de la sangre del padre y del hijo. Al respecto, no habría duda alguna. El primer experimento llevado a cabo, tuvo un éxito tan positivo que, por poco, no fué coronado por una tragedia.

El juez Robinson, del tribunal de Oakland, invitó recientemente al sabio Abrams a que hiciera un peritaje, con la ayuda de su aparato, en un proceso por adulterio. El susodicho médico extrajo algunas gotas de sangre del niño y del padre legal. Y enseguida los "ematogramas" — que este es el nombre científico de las impresiones que se reciben por el examen del aparato — no resultaron idénticos. El médico, entonces, declaró que el padre putativo no era el padre verdadero.

Apenas el doctor Abrams, con la imperturbable tranquilidad a que nos tienen acostumbrados aquellos que juzgan las culpas humanas con las pruebas científicas en la mano, hubo terminado de referir el resultado de los "ematogramas", cuando en la sala del tribunal estallaron sollozos, lamentos e invocaciones de perdón. Y la madre confesó que, en efecto, que... en fin, ya habéis comprendido.

Ahora bien, parece que este aparato aun no se ha difundido por Europa. Hasta ahora, quienes lo poseen son sólo dos doctores de Londres, — dos autoridades en la materia: el doctor Thomson y Sir James Barr, ex presidente de la "British Medical Association".

Y estos dos médicos aseguran que el aparato da resultados admirables de exactitud, pero, hasta ahora, ellos, no lo han empleado más que para hacer el diagnóstico de ciertas enfermedades.

Roguemos que continúen empleándolo

más, se imponían al buen sentido. El ayer disfrazado, triunfaba del hoy a cara descubierta.

Sin embargo, y a pesar de estas defecaciones, Makino no se arredró. Al contrario, pensó, y los acontecimientos lo confirmaron, que a partir de aquel momento empezaba la verdadera lucha. A ella se dispuso con el ardor de sus ideas.

Angel PESTANA

para ese único objeto, el de diagnosticar "ciertas enfermedades".

Acaso, sin máquinas de esta laya, ¿no son innumerables los suicidios, homicidios, uxoricidios y toda la secuela de crímenes pasionales que hoy afligen esta pobre humanidad? ¿Para qué una invención que tiende a multiplicarlos?

Es claro que el eximio doctor Abrams, podrá objetarnos lo siguiente:

—"¿Por qué no suponer que mi invención podría lograr un alto fin moral, suprimiendo el adulterio?"

Persuadid a todos aquellos que quisieran traicionar la fe jurada ante el cura y el Registro Civil que no podrán cometer una falta semejante, sin que se sepa, y volveremos a la familia patriarcal".

En primer lugar, esa bíblica leyenda de la familia patriarcal, no es más que una... "leyenda", una de las tantas mentiras tradicionales. Basta leer con atención la Biblia, para darse cuenta que no es el caso de hablar de familia patriarcal, sino de "meretrismo patriarcal..."

Por otra parte, con este afán de suprimir el adulterio ¿quienes serían los más perjudicados? Como siempre, los hijos de los dos padres... de los cuales, uno moriría asesinado, y el otro se pudriría en la cárcel...

No, el adulterio no se suprime con las máquinas, así como no se ha suprimido con las leyes, ni han logrado suprimirlo las puñaladas y los tiros de revolver.

Para suprimir el adulterio o, mejor dicho, para eliminarlo o, con mas exactitud, para reducir a su mínima expresión sus efectos, es necesario que el amor sea libre. Entendámonos, libertad de amar no es libertinaje, pues donde entra el libertinaje, existirá todo lo que queráis, menos el amor, el cual, cuando lo es de verdad, todavía es pasión y egoísmo natural.

Libertad para el hombre de substraerse a un yugo que no puede tolerar más, pero libertad también para la mujer...

No dejamos de reconocer, empero, que la cuestión no es tan simple, como quisieran hacérselo creer algunos "profesores de amor libre". Es muy raro que un hombre y una mujer lleguen a la misma hora y en el mismo instante a la conclusión que es mejor separarse que engañarse, que es más honesto dividirse con una lágrima y un resto de buenos recuerdos que recitar una comedia — la comedia del amor — que luego, fatalmente, desembocará en la tragedia la cual no resuelve nada y cuya sangre no borra absolutamente nada...

No es, pues, una máquina que analice los "ematogramas", lo que se necesita, sino algo que se esfuerce en mejorar el cerebro y el corazón de los hombres y de las mujeres. Lo que es menester es una educación más racional, más humana, una educación de los sentimientos y del sexo.

Pero ¿es posible que una nueva educación, una nueva moral, puedan desarrollar su acción redentora en una sociedad tan mal organizada como la nuestra y en la cual la mujer, por lo general, está sometida económicamente al hombre y es considerada como una bestia de placer entre las clases altas, y un animal de trabajo entre las clases bajas? No es posible, pero es un ensayo digno de ser llevado a cabo. Si es verdad que el ambiente transforma física y moralmente los individuos, también los individuos concurren a transformar el ambiente. Por eso, también hoy, los individuos, deben forzarse en educarse sexual y sentimentalmente a fin de llevar a la moral del "matrimonio" o de la unión libre, ese concepto de libertad que solamente puede vivir si entre ambos existe una profunda sinceridad.

No se obtendrán milagros inmediatos, pero la gota de agua horada la piedra.

Además, es necesario, que los hombres y también las mujeres, se eduquen para vivir la vida de los sentimientos, con cierto heroísmo...



Desesperación.

(Dibujo de Fidus).

Y entendemos por heroísmo esto: que nadie debe pretender que se le ame a la fuerza, y nadie debe ceder a los alagos de un amor que se le tributa, pero que no sentimos profundamente.

Libertad y sinceridad, en este caso, sinónimos. Saber esperar el amor profundamente sentido y plenamente correspondido, es la solución fácil, en teoría y difícil en la práctica que resolvería el intrincado problema del amor.

Una conocida anécdota cuenta que dos amigos se encontraron después de no haberse visto después de muchos años. El uno era pobre y ahora era rico y el otro había sido rico y era pobre.

El amigo en la prosperidad compadecido del estado del camarada de otros tiempos, le preguntó que le había acaecido. Este habló:

—Fué por el amor desgraciado que tuve con una mujer. La quería con locura y todo puse a sus pies. Fria, despiadada, sin corazón, despilfarradora, en poco tiempo me redujo a la miseria, después me abandonó...

El amigo repitió: —A mí me sucedió todo lo contrario. Por una mujer, soy lo que soy. Entre la taberna y el juego, mi vida transcurría sórdida y sin sentido. Era perezoso y, ella, me hizo trabajador; era disipador y ella me hizo metódico. Es un angel. Ven, quiero que la conozcas.

Fueron, y cuál no fué la sorpresa del hombre en desgracia, al ver, en la mujer del amigo, la misma que había labrado su ruina.

La moraleja de esta fábula — más veraz que la misma realidad — añade que la mujer es angel cuando ama y demonio cuando odia.

Es que la nueva sociedad con la cual todos soñamos no se construye solamente con la Revolución, porque esta, si es indispensable para inaugurar nuevos horizontes, también tiene necesidad de llevar consigo la mayor cantidad posible de nuevos materiales para empezar su reconstrucción.

Será la levadura que hará crecer los ánimos, será la semilla pura y nueva que habrá de fructificar en bellos y nuevos frutos. ¿Como pensar en futuras floraciones, si estos ocultos gérmenes no existen ya en el presente?

Hay quien se contenta con vivir moralmente de cualquier modo y se dice: "Mafiana, cuando estalle la revolución, será diferente". No, las cosas requieren principio; cultívese en el seno de la intimidad estas nuevas verdades, y entonces, tarde o temprano, se recogerán los frutos.

Y ahora, después de tan larga digresión, permítasenos volver a nuestro punto de partida.

Para reducir a una proporción mínima las desgraciadas consecuencias del adulterio, todas las máquinas que se inventen serán inútiles y estúpidas. Los "ematogramas" continuarán influyendo allá donde su atracción pasional los llame. Y no es honesto, agitando el incubo del descubrimiento científico — aumentar el número de los hipócritas, de los insinceros, de los delincuentes y también de los desgraciados que ya son tantos!

Es necesario, en cambio, educar en el ejercicio de la libertad y de la sinceridad a los jóvenes, apresurándose a construir una base social, donde los seres todos, hombres y mujeres, no amen haciendo pasar el amor bajo las horas caudinas del factor económico — uno de los principales males que emponzoñan las fuentes de toda atracción sexual y sentimental.

En cuanto a la máquina del doctor Abrams para descubrir el adulterio, decláremos que se nos antoja que es una de las tantas estafas de la norteamericana.

LA LIBERTAD

Dejad a los hombres la libertad de formar pensamientos y de comunicárelos; ya éreis triunfar la libertad, desaparecer las preocupaciones y morir el despotismo. Sin esa libertad social, no hay buena constitución posible; si un individuo verdaderamente amante de la sociedad y de razón superior se ve privado del derecho de decir a sus compañeros que tal traidor los engaña con sus gítrrocinos, las preocupaciones no morirán jamás y los abusos renacerán siempre.

Todo es lícito para despertar al pueblo de su funesto letargo, volverle al sentimiento de sus derechos e inspirarle el valor de defenderlos: no se es faccioso cuando se grita por los intereses sociales. Por último, por vehemente que se sea, no hay escritor incendiario cuando se dirige a un público por la voz de la imprenta, porque el escritor sólo es la autoridad de la razón: si disparata, peor para él; si tiene razón, será aplaudido, si persuade quedará justificado.

Cállense los que optan por el encadenamiento de la prensa por el temor de que algún escritor descubra que son ladrones, quebrado, fraudulentos u otras cosas peores; éos no sirven más que para vegetar con los tiranos y los cobardes y no para gozar y convivir con hombres valerosos y libres.

MARAT

Suscríbase a "La Protesta" y el suplemento

Divisibilidad de la materia

Todos los elementos que constituyen la materia, gozan de la propiedad de dividirse en partes múltiples, distintas, cada una de las cuales puede ser subdividida en infinito número de fracciones, y éstas, a su vez, en otras infinitesimalmente pequeñas; y si bien la física nos dice que "existe en realidad un límite sin el cual la materia parecería reducirse, en cierto modo, a nada", nos dice, también, que "el límite efectivo a que llega, en la naturaleza, la divisibilidad, está mucho más distante de la que puede llegar el hombre con los medios mecánicos" y podemos llevar, mentalmente, hasta lo infinito, la división de la misma.

En efecto; los sabios y entendidos en la materia, se solazan citando, por centenares, los casos de divisibilidad, pero el suscrito, modestísimo obrero, sin pretensión alguna y solamente guiado por el deseo de aprender, concretará sus citas a los ejemplos que diariamente tenemos a la vista:

UN PUNADO DE SAL. — Disuelto en un litro de agua, sala el líquido en todas sus partes, sin que a nuestra vista se note el cuerpo disuelto; sin embargo, cada molécula de agua contiene adherida una molécula de sal.

Si al líquido que contiene nuestro puñado de sal, le agregamos: dos, cuatro, etcétera litros más de agua y los agitamos a todos, podemos imaginarnos que, cada molécula del líquido, contiene un átomo de sal. Nosotros, al ingerir unas cuantas moléculas de sal, en los alimentos, cooperamos a la sub-división de aquellas en innumerables átomos, que circulan por nuestros cuerpos, hasta que los exudamos, volviéndonos a la tierra — desde donde, las lluvias y otros agentes naturales, les llevan al mar.

UN PEDACITO DE MARMOL. — Puesto en una copa que contenga salmuera (ácido clorhídrico), comienza a hervir y desprender un gas pesado, que apaga las cerillas y que no es otro que el ácido carbónico; la piedra se disgrega y desaparece a nuestra vista, transformada en infinito número de átomos de gas.

UNA GOTTA DE ESENCIA DE CLAVEL. — Verdada en una habitación, se volatiliza, subdividiéndose en un número tan extraordinario de invisibles partículas olorosas, que llenan con su perfume la habitación en toda su capacidad.

Si abrimos las puertas de comunicación con las habitaciones contiguas a la que contiene la gota de esencia y agitamos, en ésta, la atmósfera, las partículas perfumosas se sub-dividirán en cantidad maravillosamente extraordinaria, hasta llenar el espacio de todas las habitaciones.

La brisa transporta a gran distancia los átomos cloríficos, que se filtran por las rendijas de puertas y ventanas, diluyéndolos en el espacio, hasta límites incalculables.

UN GRITO. — Al emitir nuestra voz, en forma estentórea, producimos lo que llamamos grito, que hace explosión sonora al chocar con las ondas atmosféricas. Esa voz es vibrante al salir de nuestra boca; es mayor el caudal de vibraciones bucales, producidas por el empuje del aire pulmonar; a medida que se expande en el espacio, formando ondas concéntricas, más y más amplias, cuanto más se alejan del punto de partida, pero también, menos sonoras, porque se van diluyendo en el mayor caudal de

Cuadro espantoso del hambre en Rusia

Lo que cuenta un miembro de la expedición del "Amilcare Cipriani"
Caso de antropofagia. — El bloqueo de los aliados. — ¡Ayudadnos!

El doctor Peone Gandolfo, alcalde socialista de Sanpiedro, de regreso de la expedición "Pro hambrientos rusos", fué entrevistado por el diario italiano "Il lavoro". Las impresiones que el citado doctor trae, sobre las condiciones en que se hallan las regiones hambrientas de Rusia, es algo espantoso.

"Lievaremos grabado en los ojos por toda la vida — dice el doctor Gandolfo — la visión de los espectáculos horrendos que hemos presenciado. La realidad supera todo cuanto la mente pueda concebir. La tragedia es tan grande que vanamente se busca encontrar un paralelo en la historia del mundo.

Son millones y millones de hombres heridos de muerte por el flagelo de la carestía; son millones de seres — la mayor parte mujeres y niños — que ya han muerto y son millones que morirán literalmente de hambre...

La mitad de Rusia, es decir, la mitad del país más grande del mundo se halla a merced del hambre — lucha inhumana y terrible de los hombres contra fuerzas ciegas, lucha que debería reunir espontáneamente en un bloque más poderoso que esas fuerzas ciegas a los ciudadanos de todos los continentes, de todos los países, de todas las religiones y de todos los partidos.

En cambio, el odio de raza y de partido ha erigido una barrera de indiferencia e insensibilidad entre la Rusia donde se muere y el resto del mundo donde se vive. Los socorros enviados son inmensamente inferiores a las necesidades. Si la imagen no fuera vieja y gastada, diría que para colmar el mar Negro —

espacio repleto de oxígeno y decrecen más y más hasta hacerse imperceptibles a nuestros tímpanos, a semejanza de las ondas olorosas a nuestro olfato, de los átomos gaseosos a nuestra vista y de los salados a nuestro gusto; se han subdividido hasta lo incalculable.

UN FOCO DE LUZ. — Irradia luz raudalosa, incandescente en su foco inicial, que va perdiendo potencia a medida que toca puntos más distantes hasta tomar un color gris, productor de la penumbra. Más distante, las moléculas de sombra absorben a los átomos de luz, que en cantidad prodigiosa se han dividido hasta la invisibilidad. Diluidos los pequeños átomos, sólo percibimos un punto brillante que indica la existencia del foco productor de luz; más lejos aún, el punto brillante desaparece entre la inmensidad de sombras.

UNA IDEA. — A semejanza del puñado de sal, del pedacito de mármol, la gota de esencia, el eco de nuestro voz y de la luz del foco, la idea surge robusta y nítida del cerebro que la produce; el choque con el torbellino inmenso de las ideas en marcha opuestas y distintas, la va debilitando y diluyendo hasta que desaparece del escenario público.

Pero, como en la materia nada se pierde ni hace, sólo existe la transformación constante; el puñado de sal que da gusto a los alimentos; el pedacito de mármol que produce carbono, el perfume que embalsama el ambiente, la voz que da armonía al espacio, la luz que ilumina y la idea que modela las costumbres y enseña normas de conducta a la sociedad, están latentes en las diversas formas de la materia, sirviendo de estímulo a la vida cósmica.

H. Gómez MURRAY.

verdaderamente negro — de la miseria y de la infelicidad, no se ha aliviado, hasta ahora, más que unos dedales de alimentos...

Se ha creído así, castigar al bolcheviquismo, cuando en realidad, no se ha castigado con el más tremendo y horrible de los castigos que a los campesinos, quienes jamás se han ocupado de política, y a las mujeres que han muerto, más de dolor que de hambre, por no poder contestar sino con el llanto a los niños que le pedían pan.

Se ha creído así, obligar al bolchevismo a proclamar su propio fracaso y se pultárselo entre los cementerios y todos los campos no son allí más que un solo cementerio de muertos de hambre. Y no se ha pensado que no es a una doctrina a la que se le cavaba la fosa, sino a la civilización entera.

Las causas son complejas y no todas cercanas. Basta recordar, a través de cuáles cataclismos sociales y naturales, ha cruzado Rusia desde 50 años a esta parte. En 1905 la guerra desastrosa con Japón — desastrosa no tanto por las derrotas que les infligieron los japoneses a los rusos, como por los despojos a que los sometió el zarismo y sus parásitos de vientres insaciables; en 1907 la revolución terminada con la traición del pope Gapón, pasó de la ciudad a la campaña; en 1911 la carestía con el lúgubre cortejo de 20 millones de hambrientos; en 1914, la guerra con el consiguiente bloqueo por parte de Alemania; en 1917 la revolución, y con la revolución todos sus horrores y todas sus devastaciones.

Desde el año 1917 Odesa ha cambiado 15 veces de gobierno. Y por último vino una sequía, una sequía sin precedentes.

EL BLOQUEO DE LOS ALIADOS Y LA "COMIDA DE LA FIERA"

Según que, por cierto, fué atenuada por las noticias e informaciones de los diarios burgueses...

—Sí, los diarios burgueses que vieron Rusia, quedándose en París, Roma o Londres. Pero cualquiera que haya estado en Rusia no podrá pensar sin un estremecimiento doloroso en esas infinitas llanuras, en esas inmensas estepas sin una sola brizna de hierba, y la sequía encontró un formidable auxiliar en el bloqueo de los aliados.

Contra las famosos barreras reticuladas organizadas por Clemencéu, se han abatido innumerables teorías de "cadáveres... ¡Qué pasto para el Tigris! ¡Qué comida para la fiera!

Pero es mejor dejar el pasado y que os hablé de lo que hizo la misión del "Amilcare Cipriani".

Zarpamos de Génova el 15 de febrero y nos dirigimos a Novorossick — Mar Negro — donde descargamos entre víveres y medicinas un total de toneladas que pudo llenar 29 vagones. Todo ello fué entregado a la Comisión de Socorros del Soviet y a la Misión Nansen.

Estos 29 vagones fueron hechos proseguir hacia Sarritzen (Bajo Volga), localidad a la cual se había destinado la mayor parte de nuestros socorros, tanto por la misión Nansen, como por la misión rusa. Los otros vagones fueron enviados al distrito de Stavropol, que aún no había sido declarado como zona de hambre, no obstante que hayamos presenciado algunos casos de antropofagia o de necrofagia, pues hemos visto por zonas desenterrar cadáveres para comérselos.

En Novorossick nos hicieron una acogida cordialísima, no solamente por parte de las autoridades sino también por parte de la población, la cual parecía agradecer nuestra ayuda no tanto por lo que en sí significaba, como cantidad — la que resultaba absolutamente desproporcionada con las necesidades, — cuanto por el alcance moral que ellos le atribuían.

La nuestra era una ayuda de hermano a hermano que da de todo corazón.

Ya está a la venta el libro de 172 páginas "LOS ANARQUISTAS"

Por C. Lombroso y la redacción por Ricardo Sella
Precio: UN peso

mientras que los norteamericanos, si bien es cierto que envían ya muchos vapores y no uno solo como nosotros, en cambio, dan con el gesto de quien protege y hace una limosna.

—Vale más un grano solo de nuestro trigo que todas las toneladas que nos envían de ultramar con el deseo de humillarnos, nos decían.

—Los que en nosotros han visto, algo más que unos hermanos y unos compañeros — han visto que, en nuestra angustia y en nuestro dolor, reflexionamos la de todo el proletariado italiano y han comprendido en nuestras palabras de aliento, el augurio de todos los oprimidos que luchan y sufren en la espera de un mañana mejor.

En los 15 días que nos detuvimos en la primera estación de nuestro viaje, la misión italiana distribuyó a los niños de los asilos infantiles como 300 sopas diarias y repartió entre muchas familias víveres y ropa.

Desde Novorossick proseguimos para Sebastopol, donde fueron distribuidas 50 toneladas de efectos medicinales y con dos camiones de víveres nos dirigimos a Bacheleeral, acompañados por el gobernador de la Crimée.

En Bacheleeral nos esperaban las escenas más horripilantes entre las muchachas que hubimos de presenciar durante nuestra estadía en Rusia.

Cadáveres en la campiña, cadáveres en las calles, cadáveres en las casas, — cadáveres — ¡terrible es decirlo! — completamente descarnados, pues la carne había sido devorada por los hambrientos.

En una casa encontramos un hombre todavía joven; qué se le hubiera dicho el espectro del dolor revolviéndose entre las demudas paredes de una pieza, donde yacían muertos, desde algunos días, dentro de sus hijos y se hallaba agonizante la mujer.

Desde Sebastopol nos dirigimos a Odesa, donde hablamos de dejar lo que nos quedaba de nuestro cargamento, el cual había sido destinado a los asilos de los niños hambrientos.

Apenas se tuvo noticia de nuestra llegada, los niños de los asilos vinieron con sus banderas a saludarnos a bordo del Amilcare Cipriani, pronunciando un discurso el comandante de la ciudad, quien se hizo el elocuente intérprete de los sentimientos de gratitud de toda la población.

En todas partes fuimos acogidos con las más vivas demostraciones, y las manifestaciones de simpatía, alcanzaron una intensidad indescribible el día de nuestra partida.

—Lleavad — nos dijeron — a Italia y a Europa este nuestro llamado desgarrador:

¡Ayudadnos, ayudadnos! ¡Salvad a los agonizantes de hambre! Lanzad este grito nuestro desde los diarios, desde las tribunas y desde los parlamentos, y volved, regresad pronto!

Si, volveremos, les hemos prometido a nuestros hermanos y nuestros compañeros moribundos de Rusia.

Volveremos, porque no podemos tener paz ni tregua hasta tanto que estos ojos que han visto la muerte no vean la resurrección.

Volveremos con la esperanza de no ver en esas zonas que fueron las zonas del hambre, las madres que, llorando, nos indicaban los cadáveres de sus hijos tendidos en el suelo, mientras con una criatura de pocos meses en los brazos, nos decían: "Estos han muerto".

"Pomoghitte" — Ayudadnos, ayudadnos, decidid a todos vuestros compañeros, decidid a todos los buenos.

El espíritu universal de todas las leyes, de todos los países, es el de favorecer siempre al fuerte contra el débil; a quien tiene contra quien no tiene.

ROUSSEAU.

La cuerda de deportados

Fui detenido dos noches antes de la Buena, poco después de salir del trabajo y cuando me disponía a cenar.

Hacia poco que había leoninamente ululado la postrera sirena fabril.

Mi captura fué bastante emocionante; casi, casi rocambolesca.

Bordé la tragedia y tuvo no poco de película, de film Gaumont o de charlotada americana.

Me hallaba yo aquella tarde bien ajeno al peligro que me amenazaba, al nublado que se cernía sobre mí.

Llovía en la calle. Caían de punta agudos alfileres, penetrantes agujas de agua. El incipiente invierno entraba armado de todas las armas, se erizaba de hielo, de niebla, de fango, de ráfagas asoladoras, de aires buidos, afilados como puñales.

La ciudad tiritaba bajo su capa pluvial. Los ruidos del arroyo parecían el crujido de dientes, el estremecimiento nervioso, la carne de gallina que le producía la ducha.

Yo, aunque me soblara los "dátiles" y me escalfaba con el aliento las palmas, tenía el espíritu altamente templado y arropado de optimismo.

Acababa de lavarme, de quitarme la chaqueta sudada, de raerme la porquería, la sucia cascpa del trabajo; había dejado hacia poco el taller y sentía la felicidad del que sale del baño, del que recobra la libertad de movimientos y la autonomía personal.

Me iba a sentar a la mesa y requería los instrumentos pinchantes y cortantes para ensartar las patatas y acuchillar y rebasar el pan, cuando Manuel, "my brother junior", me dijo:

—Agustín, hermano; un señor pregunta por tí.

—¿Un señor?
No aguardé a que el pequeño se explicara.

Sin titubear me dirigí a la puerta. Anclado, arraigado en el umbral, había un hombre de formidable tonelaje, basto y grande como un monumento.

—Es a mí a quien le interesa usted ver?

—Sí. El jefe superior de policía desea hablar con usted.

—Dígale usted que puede venir cuando guste.

—Sin duda, no me he expresado bien. El señor jefe superior de policía desea hablar con usted.

—Pues dígame usted que no dejaré de ir en cuanto mis ocupaciones me lo permitan.

—Todavía no nos entendemos. El señor jefe superior de policía me ha mandado que le conduzca a usted a su presencia.

—¡Acabáramos! Pues no me da la gana ir. Sépalo usted, y dígaselo al jefe superior de policía.

—Entonces, me habrá de seguir por la fuerza.

No había terminado de pronunciar estas palabras cuando, de un empujón que le di, rodó aquel cacahote escalera abajo.

—¡Vaya usted al tacho, tío seboso, carro de basura! — le escupí en el dorso, cerrando la puerta con estrépito.

—¡Por Dios, Agustín, querido hijo, no te pierdas! — exclamó demudada, hecha de repente, mi madre.

Él, un gesto sereno, que salió de la sala precedido de mis puños, de lo más

íntimo y profundo de mi dinámica y de mi entereza física.

Muy cómica resultaba mi jactancia. Yo soy endeblucho e insuficiente y de estatura poco aventajada, y todavía ignoro cómo pude realizar aquel acto de sansonismo, cómo pude menear aquel trasatlántico de tres chimeneas, aquella mole polílica que se despejó por la escalera.

Pero lo cierto es que el peñasco rodó al abismo.

Y no debió hacer al viaje en pequeña velocidad, porque no tardó en oírse un gran tumulto en el patio.

Era un charivarí de ronqueras agardentosas y gargajosas, un rechiflar de laringes melladas, una confusión de gruñidos extraños, que ascendía como una marea. La autoridad, que avanzaba. El orden, que estaba en marcha.

—¿Es más arriba? — oí distintamente que preguntaba uno de los que chillaban más.

—Sí: es en el último piso, al cabo de todo. En los profundos cielos.

A los tres segundos, un temporal de culatazos, pezuñadas y ternos hizo retemblar la casa. Como si alguien que la llevara en la mano la hubiese dejado caer en tierra.

—Abran al Somatén. Abran en seguida, o tiramos abajo la puerta.

Yo eché mano a la pistola e iba a hacer frente a la horda, a contener la ola de asalto; pero mi madre, loca de terror, se arrojó a mis pies, y con las manos juntas, con la mirada extraviada, con la voz jaspada de ansiedad, me suplicó, me imploró:

—¡Hijo! No hagas ese disparate. Ten piedad de mí. Salta por el balcón a la casa de al lado y huye. Sálvate y sálvame a todos. Vete. Yo recibiré a estos lobos.

Obedecí. No tenía más remedio. Mi hermanito también me echaba con los suplicantes ojos.

Como no había tiempo que perder, me emboqué presurosamente en mi bufanda y, con una habilidad de gimnasta consumada, y aprovechando unas cuerdas tendidas de balcón a balcón, y que servían para secar la ropa, me trasladé a la casa vecina.

Vivía aquí un compañero del Transporte, que me facilitó prendas de vestir para disfrazarme y que me dió salida a la calle por su escalera.

No fui, sin embargo, muy lejos, porque necesitaba saber lo que ocurría arriba. Los bárbaros saltaban las murallas de Roma, y yo quería ser testigo de sus hazas.

Como en la calle había "parada", me situé en un portal, adoptando aire de tenorio que ronda a su Inés, de hortelilla que ceta a la novia.

Mientras tanto, el Somatén desvalijaba y asolaba mi casa. La revolvió "de fondo en comble".

Antes de que les franquearan el paso irrumpieron en mi habitación como una tromba, rompiendo vajilla, asustando al nicho.

—¿Dónde está ese bandido? — vociferaron cuatro o cinco energúmenos, apuntando a mi madre y a mi hermano con las carabinas.

Interín, otros que habían registrado la cocina, las alcobas, la carbonera y hasta el retrete, exclamaron con rabia y con asombro:

—El pájaro ha volado.

Un bramido terrible de vaca degollada, de morlaco rejoneado, surgió de todos los gznates.

—A ver. Mira bien — indicó el que comandaba la pandilla.

Buscaron debajo de la cama, en los armarios, en la tinaja. Despanzurraron los colchones. Golpearon las paredes, para cerciorarse de que sonaban a hueco. Y... nada.

—¡Pues no está! Se nojó. Se lo ha tragado la tierra.

—Estará escondido en el cuarto de enfrente o en el piso de abajo. Más lejos no ha podido ir. A no ser que haya escapado por la azotea.

—¡Ea! Aguzad el olfato. Buscad, mis lebreles.

—Partió para la atmósfera. Y se nos ha hecho aguas en la nariz.

—Que registren toda la casa. Y vosotros, examinad sus papeles.

Unos y otros se entregaron a la pesquisa con una furia loca, frenética.

Me vacilaron los armarios, los baúles, los cajones. Hurgaron en los hornillos.

Palparon las almohadas. El forro de todas mis ropas. Olisquearon bujillas y frascos y cataron todos los líquidos. Levantaron los muebles y reconocieron el pavimento, baldosa por baldosa.

Romplieron a bastonazos varios retratos de Ferrer, de Salvochea y de Anselmo Lorenzo, que colgaban de las paredes y espiritualizaban y santificaban mi hogar.

Se apoderaron de enorme fajo de cuartillas que tenía escritas y emborronadas con trabajos inéditos. Arramblaron con todos los frutos sazonados y sin sazonar de mi entendimiento.

Me robaron numerosas postales artísticas, Reproducciones de Museos, fotografías de monumentos, vistas de ciudades.

Hojearon, uno por uno, mis libros; tiraron al suelo la colección de folletos de "Salud y Fuerza", las ediciones de la Escuela Moderna y, pateándolos con furor de prelado del Índice, con la ira de Omar, exclamaban:

—Estos tienen la culpa. Lea tostáramos los sesos a los que los escriben y a los que los publican, y pronto no quedaría un revolucionario.

En pleno auto de fe libresco se hallaban cuando llegaron los que se habían dedicado a mi busca y captura. Respiraban descorazonamiento.

—No se le encuentra en toda la casa — dijeron abrumados —; el canalla se ha gasificado. La pesquisa no ha podido ser más concienzuda.

—¿Y nos hemos de volver con las manos vacías? ¡Ea! Amarrad a esa mujer y a ese mono. Y calentadles la "oscaría" hasta que canten.

Los esbirros cumplieron la orden y sometieron a mi madre y a mi hermano a un riguroso interrogatorio. Se ensayó todo — promesas, amenazas — para obligarles a delatar.

Pero como ni la vieja ni el chaval de claraban, y como el vecindario, alarmado, por los berridos de aquella tropa de escopeteros, empezaba a alborotarse, el Falstaff que yo había precipitado por las escaleras observó:

—Lo mejor es que nos lo llevemos. Y en la comisaría les juzvaremos la garganta y les haremos trinar. Ahí, los mochuelos se vuelven canarios.

—Tiene usted razón. Eso es lo más práctico. ¡Marchad!

Sin permitirles reconstruir o arreglar un poco la casa en ruinas, ni coger un abrigo, ni tomar un bocadito, ni apagar siquiera la luz, obligaron al pobre niño y

a la buena vieja a seguir adelante.

Cuando yo los vi salir por el portal, maniatados, entre dos filas de carabinas, el corazón se me despedazó y el ánimo se me hizo trizas.

Jamás creí que la crueldad humana, que el autoritario desalmamiento pudieran llegar a tan extremos límites. ¡Ensanfarse con dos criaturas inofensivas e indefensas! ¡Era un contradío!

Sin poderme contener, me acerqué al pelotón sarraceno, y con inauditable tranquilidad y perfecta sangre fría, dije:

—Soltá a esos inocentes. "Ecce quem queritis". El criminal que buscáis soy yo.

Hubo en la banda de raplifa un momento de expectación y de vacilación. Nadie creía lo que veía.

El polloncito-gordinflón, el Lepine gorderas, fué el primero que salió de su estupor, y en menos que se santigua un cristiano mochales, me trincó, y con un puntapié en la vértebra cocigea, me hizo marchar para adelante.

Yo, con la cabeza erguida, partí para mi destino. Sin pavor. Sin que se me estremeciera un cabello.

A algunos vecinos que, entristecidos, me contemplaban, les sonreí. "Sursum corda". "Excelsior".

Al doblar la esquina miré a mi madre y a mi hermano, que quedaban libres. Parecían dos naufragos perdidos en la inmensidad de un océano, en la desolación de una playa.

Levantando las manos atadas, les hice señal de adiós a uno y a otra.

La vieja no me vió, porque lloraba desplomada sobre la cabeza del Benjamín que le dejaban, de la media entera que le quedó, del único hijo que no le habían robado.

Angel SAMBLANCAT.

Leyes y legisladores

La gran superstitión política de lo pasado era el derecho divino de los reyes; la gran superstitión política de hoy es el derecho divino de los parlamentos. El óleo santo parece haber pasado inadvertidamente de la cabeza de uno a la cabeza de muchos, consagrándolos a ellos y a sus decretos.

Por absurda que creamos la primera de dichas creencias, hay que admitir que era más lógica que la última. Si nos retrotraemos al tiempo en que el rey era considerado como un dios, o a los que pensaba que era un delegado de Dios, se comprenderá que su voluntad fuera pasivamente obedecida. Cuando, por ejemplo, bajo Luis XV, teólogos como Bossuet, enseñaban que los reyes "eran dioses y participaban en cierta manera de la independencia divina", o cuando se creía, como bajo nuestros conservadores en los antiguos tiempos, que el rey era "el delegado del Cielo" es claro que de tales premisas debía desprenderse inevitablemente la conclusión de que el poder del Estado no tiene ningún límite. Pero la creencia moderna carece de estos fundamentos. No pretendiendo tener un origen ni una misión divina, el cuerpo legislativo no puede buscar en lo sobrenatural la justificación de sus aspiraciones a la autoridad ilimitada; por otra parte, tampoco ha intentado nunca dar una base natural a dichas aspiraciones. Por consiguiente, la creencia en la autoridad parlamentaria no tiene ni aún el carácter lógico de la antigua creencia en la autoridad ilimitada de los reyes.

Las leyes no son sagradas en sí mismas, sino recibiendo exclusivamente el carácter de tales por la sanción moral. La cual, a su vez, se deriva de las leyes de la vida humana, en tanto que desvuelve en el medio de las condiciones inherentes a la vida social, y no aquí las consecuencias: cuando carezcan de esta sanción moral, no tienen nada de sagrado y es lícito recusarlas como buenos principios de derecho.

Herber SPENCER.

Precio

U. Tele

Esta ca

La idea de la conquista: tado en un o de co debe ser e de todas la el poder funciones sin permiti contrarias a tible.

Por un tr y una lame ceptos, el s viejas conce divino, elev tegoría de importa qu los element llegar a esa ría: en nomblo, aleganc simples resti nial popular na e irrespo son siempr en ningún su conducta justicia y d

Los socia en reformis nen un con bertad. Mej libertad fue to a la ley ción propia ducto de s ellos la soci conjunto d de supersti libertad los con lo que de arbitrari mos. Se ex llamados e más que re de revoluc la única co ción rusa y del ideal de sociales. Si namiento hu en esa vuel vez de teoló mente arbit para crear v falible ¿cóm de la revoluc de las más pensamiento Para los la-revoluc: greso polít ciendo entré de hechos q ferencia fun manifestacie Llegan así, nivelar el pi talismo con